

El mensaje de Janucá

Prof. Abraham Huberman

Hace muchos años atrás, dos mil ciento cincuenta años, ¡qué les parece! en una pequeña aldea llamada Modiin, situada en Judea, en aquel entonces una provincia chiquita dentro del Imperio Seleucida, un Kohen llamado Matitiahú, desafió al emisario de un poderoso rey, Antíoco IV y no quiso ofrecer sacrificios ni posternarse ante la imagen del dios griego Zeus. El rey antes nombrado había ordenado que se prohiban las ceremonias del culto judío en el Templo de Jerusalem, y quien se atreva a desafiarlo o practique y cumpla con alguno de los preceptos de la religión judía sería condenado a muerte.

El Kohen Matitiahú y sus cinco hijos entre quienes se encontraba el que más fuera el héroe Iehuda Makabi, se opusieron y lanzaron un llamado a todas aquellas personas que sufrían y que solos no podrían luchar contra el tirano griego. Así se fueron congregando en torno a Matitiahú todos aquellos judíos que no querían abandonar sus creencias y adoptar aunque fuera solo para el exterior una imagen que no era la propia.

Algunos, expuestos a terribles pruebas prefirieron morir como mártires antes que someterse.

Al cabo de cierto tiempo falleció el anciano cohen Matitiahú y el mando pasó a su hijo Iehuda, el macabeo, que pronto comenzó a ser famoso para los judíos y el terror para los griegos.

Fíjense qué extraño. ¿Por qué razón deberían los griegos temerle a Iehuda y a su pequeño grupo de partidarios? ¿Eran acaso ellos capaces de desafiar al poderoso y bien armado ejército griego, que tantas batallas había ganado? Y aunque parezca increíble Iehuda y sus soldados se transformaron, muy pronto en una pesadilla para los griegos. Allí donde lo buscaban, no estaba; y cuando menos se imaginaban, él caía sobre los soldados griegos y los vencía.

¿Cómo era posible que eso sucediera? Bueno, habían varias razones que lo explicaban pero había cosas que los griegos mismos no hubieran entendido. Vayamos

por partes. Es cierto que el ejército griego era numeroso y podía utilizar incluso elefantes para luchar, pero toda esa fuerza se transformaba en debilidad si debían luchar en zonas montañosas, donde no podían cuidar la formación ni apoyarse mutuamente.

Allí la fuerza de los griegos se transformaba en debilidad y la debilidad de los judíos en fuerza, porque en las condiciones de lucha de la montaña, lo que contaba era el valor personal. A veces, cuentan los libros de los Macabeos, cuando un jefe griego caía, todo su grupo se daba a la fuga. Y si perdían una batalla, toda esa sección del ejército griego y las personas que los acompañaban se desbandaban y había que formar un nuevo ejército. ¿Y cómo se puede explicar esto? ¿Eran acaso los griegos cobardes? No en absoluto,. Lo que pasa- y aquí viene la segunda razón, es que para los griegos la guerra era una profesión en la que esperaban ganar. En tal caso, venderían el botín obtenido y además los prisioneros. Pero ello los acompañaban comerciantes que traían carros para el botín y cadenas para los cautivos.

Pero si en vez de victoria había una derrota, no quedaba razón para seguir luchando. Para los combatientes judíos los motivos eran totalmente distintos; ellos no luchaban por una paga, la guerra no era para ellos, un negocio, sino el último recurso al que habían acudido

A fin de poder ser hombres libres en su país. Seguro que también los judíos sentían temor antes de salir a la batalla, pero al mismo tiempo pensaban que sin su lucha, sus familiares sufrirían a manos de los griegos. La única manera de volver a ser libres, era luchar duramente hasta lograr la independencia.

Tres años después, Iehuda y sus hombres, liberaron Jerusalem y encontraron el Templo profanado y sucio. Lo limpiaron, lo purificaron y luego lo inauguraron, es decir hicieron de cuenta que era un nuevo templo y procedieron a celebrarlo con JANUCÁ que significa precisamente inauguración. Cuéntese también que necesitaban aceite puro para encender las lámparas. Encontraron un odre con aceite que alcanzaba para un solo día, pero sucedió un milagro y el aceite alcanzó para ocho días, una vela cada día, en el candelabro especialmente utilizado para esa fecha. Es decir ocho velas, por esa razón se llama a Janucá "Jag Haurim", es decir la "fiesta de las luminarias".

Pero no todo fue fiesta. Fue necesario luchar hasta obtener la victoria y asegurar la libertad.

Pasaron muchos años, vinieron tiempos muy malos, pero aún en las peores circunstancias los judíos recordaban y celebraban Janucá. El recuerdo de aquella gesta heroica les daba fuerzas para enfrentar las dificultades.

En el año 1897 cuando se reunió en la ciudad de Basilea el Primer Congreso Sionista, desfilaron jóvenes del club Macabi de esa ciudad. Hertzl vio en ese acto un hecho simbólico. Dijo: "Volverán los antiguos macabeos". Y luego agregó: "los judíos que lo quieran, tendrán su Estado". Todo comenzó por una decisión y luego la firmeza para llevarla a la realidad.